RIPOLL, Gisela, y GURT, Josep M. (eds.), *Sedes Regiae (ann 400-800)*. Con la colaboración de A. Chavarría, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres. 2000. Series Maior n° 4. 620 páginas con figuras, (24 x 17 cm).

La atención que los estudios sobre la antigüedad tardía han suscitado en los últimos veinte años ha dado lugar a un replanteamiento teórico sobre los criterios utilizados para analizar los cambios estructurales de los siglos IV al VII. Estos nuevos planteamientos desestiman el concepto de decadencia y desintegración del mundo urbano valorando los procesos de transformación, la readaptación funcional de los espacios públicos y el impacto que, en la topografía urbana y suburbana, supone el establecimiento del poder civil y religioso.

El volumen se centra en las ciudades que se constituyeron como *sedes regiae*, centros de poder y de representación en la antigüedad tardía. Las contribuciones, solicitadas por los editores a reconocidos investigadores de ámbito europeo, aportan una nueva valoración histórico-arqueológica sobre la constitución de las bases ideológicas y culturales de las capitales imperiales y las sedes de los reinos occidentales.

Cada trabajo actualiza la tradición historiográfica, cubriendo el vacío bibliográfico que existe sobre este tema, aportando los últimos resultados históricos y arqueológicos y presentando conclusiones innovadoras que abren nuevas vías de investigación histórica.

La obra contiene diecinueve textos distribuidos en tres apartados; capitales imperiales, sedes de los reinos bárbaros y sedes de la Península Ibérica. El primer capítulo a cargo de J.H.W.G. Liebeschuetz («*Ravenna to Aachen*», p. 9-30) presenta y sintetiza los trabajos aportados cohesionándolos dentro del marco histórico y cultural de la época.

J. Arce («La fundación de nuevas ciudades en el Imperio romano tardío: de Diocleciano a Justiniano, s. IV-VI», p. 31-62) muestra la continuidad del fenómeno de fundación de nuevas ciudades en el Imperio Romano tardío entre los siglos IV y VI y sus motivaciones religiosas, militares o de prestigio. La mayor vitalidad urbana de Oriente concentra la mayoría de estas fundaciones. En Occidente este impulso se verá frenado por el debilitamiento del poder imperial y la instalación de los reinos bárbaros.

B. Ward-Perkins, P. Delogu y S. Gelichi se ocupan de la evolución de las sedes imperiales de Constantinopla, Rávena, y la transformación de la capital ideológica del Imperio, Roma.

Para B. Ward-Perkins, («Constantinople, Imperial Capital of the Fifth and Sixth Centuries», p. 63-82) la ascensión de Constantinopla a capital del Imperio es debida a la falta de un centro administrativo apropiado para las provincias orientales. Durante los siglos v y vi su desarrollo urbanístico y monumental la convierte en el centro del poder y de la ideología del Imperio. A lo largo del siglo vi, las ceremonias imperiales celebradas en el hipódromo y la catedral de Santa Sofía se convertirán en lugares de legitimación de ese poder.

Rávena, en el siglo v, se convierte en sede del Imperio. Amplía su perímetro urbano en esta época y se le dota, según S. Gelichi («Ravenna, ascesa e declino di una capitale», p. 109-134) de todo un programa edilicio civil y eclesiástico que se reduce drásticamente a finales del siglo vi. La ciudad se mantiene como centro de poder durante tres siglos, primero como capital ostrogoda y luego como sede del exarca bizantino.

P. Delogu («*Solium Imperii-urbs ecclesiae*, Roma fra la tarda antichità e l'alto medioevo», p. 83-108) analiza los últimos trabajos arqueológicos y muestra una percepción distinta de la tradicional sobre la evolución de Roma en la antigüedad tardía. La mutación de las estructuras de la ciudad no responde a una degradación urbana caótica sino que indica la persistencia de una organización administrativa de la ciudad entre los siglos v al viii.

El artículo de W. Pohl («Germania, Herrschaftssitze östlich des Rheins und nördlich der Donau», p. 305-318) muestra cuatro factores determinantes que influyeron en la creación de *sedes regiae* de los reinos occidentales, el diferente grado de contacto entre las tribus germánicas y Roma, las circunstancias de su asentamiento en el Imperio, la relación con la población romana así como la condición de las ciudades en el área ocupada.

S. T. Loseby («Power and Towns in Late Roman Britain», p. 319-370) argumenta en su trabajo sobre Britania como las tribus anglosajonas, a partir del siglo v establecen un sistema administrativo y una red urbana propia. Esta nueva red urbana engloba diversos elementos: sedes reales, iglesias con administración propia, minster, y burgos fortificados que en ocasiones coinciden con antiguas ciudades romanas. En estas ciudades se establecerá la vinculación entre los poderes civil y religioso.

En la península itálica G. P. Brogiolo («Capitali e residenze regie nell'Italia longobarda», p. 110-134) analiza las diferentes *sedes regiae* del reino longobardo. No aparece ninguna sede con la carga simbólica suficiente para legitimar su poder debido a la escasa cohesión del reino, los conflictos con los bizantinos y los problemas de integración con la población romana. La ideología longobarda no imita la política de continuismo ostrogodo y mantendrá símbolos propios como el cementerio *ad perticas* en Pavia. La cristianización de la sociedad, a mediados del siglo vii, introducirá los símbolos de poder y prestigio análogos a los demás reinos occidentales.

Las *sedes regiae* del reino burgundio, estudiadas por Ch. Bonnet y J. F. Reynaud («Genève et Lyon, capitales borgondes», p. 241-266) muestran la génesis y la evolución de las dos sedes del reino: Ginebra, pequeña ciudad provincial, y Lyon, importante metrópoli capital de *Lugdunensis*. Destacan las transformaciones de ambas ciudades y como el palacio real y el conjunto episcopal polarizan la nueva estructura urbana.

J. Guyon («Toulouse, la première capitale du royaume wisigoth», p. 219-240) se ocupa de la sede visigoda de Tolosa, entre los años 418 y 507. Durante ese periodo se mantiene la infraestructura urbana y se desarrollan programas edilicios. El poder visigodo encontrará ahí los medios apropiados de legitimación manifestando una clara voluntad continuista con el modelo administrativo romano.

N. Duval y A. Ben Abed («Carthage, la capitale du royaume et les villes de Tunisie a l'époque vandale», p. 163-218) señalan que tanto en Carthago, sede del reino vándalo, como en el resto de las ciudades norteafricanas, se carecen de evidencias arqueológicas que demuestren una mutación significativa de orden material, económica y social. La interpretación de las fuentes históricas y literarias indican la continuidad de los cuadros administrativos y las instituciones romanas en África. La escasa información arqueológica impide una definición exacta de la topografía cristiana de la ciudad. En este sentido es muy importante el trabajo de reapreciación y revisión cronológica de los mosaicos africanos del siglo V que se propone.

Las *sedes regiae* de los reinos francos entre el río Sena y el Rin son examinadas por A. Dierkens y P. Perrin («Les *sedes regiae* mérovingiennes entre Seine et Rhin», p. 267-304). Los centros de poder merovingios no pueden ser considerados sedes permanentes de gobierno. La fragmentación política del reino franco en el siglo VI favorece la creación de diferentes sedes y explica la itinerancia de las bases de poder. Algunas ciudades mantendrán su representatividad ideológica y religiosa como lugar de celebración de concilios o asambleas políticas pero este papel será compartido por las residencias regias en áreas rurales.

G. Ripoll («*Sedes regiae* en la Hispania de la antigüedad tardía», p. 371-402) encabeza el grupo de artículos dedicados a las *sedes regiae* en Hispania. Analiza las condiciones necesarias para valorar porqué algunas ciudades hispanas se convierten en centros de poder. Estudia las circunstancias y motivaciones por las cuales Toledo, y no Narbo, Barcino, Hispalis o Emerita Augusta llega a convertirse en la definitiva capital del reino visigodo.

G. Ripoll con I. Velázquez («*Toletum*, la construcción de una *urbs regia*», p. 521-578) consideran que los factores que intervinieron en la elección de Toledo como sede fueron la situación geo-estratégica y la ubicación de la ciudad en una zona de densa ocupación visigoda. A mediados del siglo VI Toledo se convierte en el centro político y religioso del reino donde se celebrarán las asambleas y los concilios generales. Se ha realizado un importante esfuerzo de revisión de las fuentes para identificar estructura urbana y los numerosos edificios eclesiásticos atestiguados. Unas construcciones religiosas que acrecentarán el prestigio casi mítico de la capital del reino visigodo.

J. M. Gurt y C. Godoy («*Barcino*, de sede imperial a *urbs regia* en época visigoda», p. 425-466) presentan las nuevas aportaciones arqueológicas de *Barcino* entre los siglos IV al VII, destacándose la importancia de la ciudad y la transformación de las relaciones económicas con el territorio. Estos cambios son provocados por la expansión de la ganadería extensiva en detrimento de áreas agrícolas.

La implantación del primer grupo episcopal de Barcelona y su transformación en época visigoda es estudiada por Ch. Bonnet y J. Beltrán («El primer grupo episcopal de Barcelona», p. 467-490) identificando la, hasta hoy, basílica paleocristiana como el aula episcopal. La citada basílica se ubicaría supuestamente bajo las actuales catedrales románica y gótica. Los siglos VI y VII culminan con la remodelación monumental de las estructuras eclesíásticas y la dotación de una nueva iglesia, el baptisterio y el palacio episcopal.

La capital de la *diocesis hispaniarum*, *Emerita Augusta* no fue considerada por los visigodos como sede regia permanente. P. Mateos («*Augusta Emerita*, de capital de la *diocesis Hispaniarum* a sede temporal visigoda», p. 491-520) analiza el proceso de monumentalización durante el siglo IV de sus áreas urbanas y suburbanas así como el impacto y la progresiva incorporación de toda una serie de edificios religiosos en los siglos V y VI.

P. Díaz («El reino suevo de *Hispania* y su sede en *Bracara*», p. 403-424) muestra como la capital de la *Gallaecia*, *Bracara Augusta* se convierte, desde la segunda mitad del siglo V, en la única sede del poder reforzada por el asentamiento suevo en su territorio. El proceso de remodelación urbana y sacralización de *Bracara* es un fenómeno vinculado a la reorganización civil y eclesíástica del reino inspirada por Martín de Braga hacia la mitad del siglo VI.

S. F. Ramallo («*Carthago Spartaria*, un núcleo bizantino en *Hispania*», p. 579-612) ofrece una síntesis de los nuevos trabajos llevados a cabo en *Carthago Nova*, base de operaciones de las tropas bizantinas en *Hispania*. Desde el siglo II se documenta la transformación de los espacios urbanos y las modificaciones funcionales y estructurales de los edificios de representación. La época bizantina supone una significativa rehabilitación comercial, a tenor de la calidad y variedad del material cerámico documentado.

Las contribuciones presentadas señalan la relación entre poder civil y eclesíástico durante la antigüedad tardía. La sede regia se constituye como el lugar donde se articulan las estructuras administrativas y religiosas. La utilización continuada de las infraestructuras urbanas, recinto amurallado, circo o anfiteatro así como el evergetismo real y eclesíástico aportan el elemento legitimador del poder vinculándolo con el prestigio de la Antigüedad.

Es característica la constante labor de construcción y refracción de iglesias y monasterios en las áreas suburbanas, verdaderos barrios extramuros. Otro de los aspectos señalados supone el cambio e itinerancia de las sedes —excepto *Carthago* en el reino vándalo— motivada generalmente por cuestiones políticas, militares y religiosas. Todos los autores coinciden en valorar a la antigüedad tardía como una época de gran capacidad creativa donde la Iglesia y el rey se constituyen en los motores de un cambio profundo de las estructuras sociales. Estas instituciones se consideran

legitimadas mediante símbolos que las vinculan ideológicamente con la Antigüedad. La constitución de los reinos occidentales aporta el necesario marco político a estas transformaciones ya sea manteniendo una política de continuismo institucional, como los reinos godos de *Hispania* o Italia o de cierta ruptura, como los reinos anglosajones y longobardo.

Se debe hacer mención a la labor de los editores en la coordinación y reunión de estos artículos que, junto con el valor de los textos que lo componen, convierten este volumen en un útil instrumento para conocer las transformaciones de la antigüedad tardía en el ámbito europeo y mediterráneo.

Esta obra se suma a los variados actos y publicaciones que han conmemorado, durante el año 2000, los trescientos años de actividad de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.

JOSÉ IGNACIO MARTÍNEZ MELÓN

GARCÍA ROSELLÓ, Joaquim (Coord.), *Iluro. Una ciutat per descobrir*, Patronat Municipal de Cultura, Mataró, 1999, 87 p., il. b/n i color, dibuixos, mapes i gràfics (26 x 26 cm).

Tal i com adverteix Carme Benito al pròleg d'aquesta publicació, la divulgació del passat romà de Mataró és l'objectiu amb el qual s'ha fet sortir a la llum aquesta obra. Al nostre parer, aquesta fita s'assoleix més que satisfactòriament; el llibre és, en efecte, una obra molt didàctica, car en tot moment es recolza amb abundant informació gràfica, ja siguin fotografies, dibuixos, mapes o taules cronològiques. Les imatges, en fi, acostumen a ser la via per la qual el lector pot situar-se millor i entendre allò que els autors en volen fer arribar. En essència, podríem dir que aquest és un llibre que entra pels ulls.

A més, la lectura de l'obra traspua no tan sols aquesta voluntat pedagògica sinó una feina de síntesi i rigorositat que cal agrair, sense oblidar que contextualitza adequadament la història local dins la d'Hispania i d'altres parts de l'Imperi. D'altra banda, el llibre, tot i no reflectir-ho explícitament, està dividit en diverses parts clarament diferenciables.

A vista d'ocell, el primer capítol permet repassar l'evolució de la ciutat de Mataró, des dels seus orígens fins a l'inici del nostre segle. A continuació, hom pot distingir un segon bloc, referit a la historiografia a l'entorn d'*Iluro*. Sens dubte, dins d'aquest apartat destaca el capítol dedicat a l'arqueòleg Marià Ribas i Bertran, de qui es posen en evidència dos aspectes: el seu immens llegat i el difícil context que li tocà viure. Encertadíssim exemple d'aquesta qüestió és la reproducció de les pàgines del diari on l'arqueòleg mataroní va recollir tota la informació que li fou possible abans que les excavadores destruïssin les termes de Can Xammar. La seva lectura